

Valentina Roderó Salamanca

Paula en Ítaca



LETRAS DE AUTOR

© Valentina Rodero Salamanca

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Georgia Delena

Primera edición: junio 2017

ISBN: 978-84-xxx

Depósito Legal: xxxx

P.V.P.: xx € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados.
Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

*A Luis, que me descubrió Ítaca, con todo mi amor y
agradecimiento.*

*A Águeda, Arturo, Cristina, Virginia, Iris y Lara, que
tanto me han aportado, vitalidad, inspiración, inocencia, y
tantas otras cosas.*

*A todas esas personas que aún conservan un alma
inocente.*

Índice

1º PARTE. “Me desperté en Ítaca, junto al mar”	11
I. PAULA	13
II. IRENE	23
III. EN LA PLAYA	35
IV. LA EXCURSIÓN	45
V. MEDINA AZAHARA	55
VI. ADRIÁN	63
VII. PAULA REGRESA A CASA	73
VIII. MAITE	79
IX. ASUNCIÓN	91
X. BEATRIZ	105
XI. ALEJANDRO	113
XII. PAULA EN EL CAMPAMENTO DE CUENCA	123
XIII. SÚNDARI	127
XIV. SOLA EN EL BARCO	135
XV. VIAJE A LA ISLA DE BUDA	139
XVI. ME VOY CON PAULA	147
XVII. EL PAPÁ DE MAITE	151
XVIII. UNA LARGA ESPERA	157
XIX. EL CUMPLEAÑOS DE PAULA	165
XX. IRENE Y SANTIAGO	171
XXI. EL LLANTO DE PAULA	179

2ª PARTE. “He jugado sobre las olas del tiempo.

Me habría gustado detenerme en mi adorada Ítaca. Soy una peregrina que ando a tientas por el sendero de la vida”	183
XXII. TODO CAMBIA EN EL TIEMPO	185
XXIII. VIAJE A ORJIVA	191
XXIV. CAPRICHOS DEL DESTINO	199
XXV. LA VOCACIÓN DE PAULA.....	203
XXVI. PAULA SE ENAMORA.....	209
XXVII. VIAJE A LA OSCURIDAD	215
XXVIII. PAULA VUELVE A ESTUDIAR	221
XXIX. FEDERICO	229
XXX. PAULA PREPARA LAS MALETAS.....	233
XXXI. EL SUEÑO DE FEDERICO	237
XXXII. PAULA EN ETIOPÍA.....	241
XXXIII. ROBERTO	245
XXXIV. UNA CARTA PARA IRENE.....	249
XXXV. PINTAR PAREDES	253
XXXVI. VUELVO A CASA	257
XXXVII. DE NUEVO ÍTACA	261
XXXVIII. LA PSICOLOGÍA DE IRENE.....	267
XXXIX. LA REVOLUCIÓN DE ÍTACA	271
XL. CONVERSACIÓN CON TERESA.....	279
3ª PARTE. Bajo un cielo cubierto de estrellas pensaba solo en ti	285
XLI. LA CLASE DE PINTURA DE FEDERICO	287
XLII. SÚNDARI EN GRANADA.....	291
XLIII. FIESTA DE LUNA LLENA	299

XLIV. BAJO LOS NARANJOS.....	309
XLV. RENACER.....	317
XLVI. LOS AMIGOS DE PAULA.....	321
XLVII. TARDES DE SOLEDAD.....	325
XLVIII. DIA DE NAVIDAD.....	329
XLIX. DIA DE NAVIDAD PARA PAULA.....	337
L. UNA SEMANA AMOROSA EN MADRID.....	343
LI. HACIA ÓRJIVA.....	351
LII. LA FIESTA.....	357
LIII. VIDA COTIDIANA EN ÓRJIVA.....	363
LIV. ALGÚN RECUERDO OLVIDADO.....	371
LV. DESDE MI VENTANA.....	377
LVI. ENCUENTRO CON ALEJANDRO.....	385
LVII. PAULA VA DE VIAJE A NERJA.....	391
LVIII. ÍTACA, MI DULCE ÍTACA.....	397
LIX. DÍAS EN EL HOSPITAL.....	403
LX. MIS HERMANAS.....	409
LXI. SANTA LUCÍA.....	417
LXII. EL FARO.....	423

1ª Parte

**“Me desperté en Ítaca,
junto al mar”**

I PAULA

Ha llovido y el viento lleva consigo pequeñas hojas desprendidas de los árboles primaverales y pétalos de rosa, que vuelan impregnando el aire de una fragancia dulce y espesa. Retazos de luz se filtran entre las nubes, iluminando la densa oscuridad.

La niña siente en sus pies húmedos un calor especial, como si un fuego inusual quisiera salir del fondo de la tierra y rodearla abrazándola, igual que a las rosas, que plantaron hace años en el jardín.

Nadie se ha dado cuenta de que ella ha salido, mejor así, porque puede disfrutar de aquello que le prohíben, a causa de un exceso de protección, como pisar la hierba con los pies descalzos, aún a riesgo de coger un resfriado, trepar por el olivo grande, donde han puesto el columpio, con gruesas sogas desgastadas por el aire y la lluvia, aún a riesgo de caerse y romperse una pierna, subir por el tronco del otro olivo, que da al lado de la terraza donde comen, trepando encogida como un mono, aún a riesgo de perder el equilibrio. Todo esto lo hace cuando los mayores duermen la siesta, se concentran en un libro, se duchan después de venir de la playa o hacen la comida, de modo que se olvidan de ella y puede sentirse a sí misma, obedeciendo a la energía que brota de su interior.

Hoy ha salido al jardín antes de que nadie se despierte, va en camión y siente el bello de sus brazos erizarse, a causa del aire cargado de

humedad, aunque los pies se mantienen calientes sobre la tierra, que parece a punto de estallar en un súbito llanto atronador, como el que acaba de emitir el cielo. Acto seguido comienzan a caer sobre su largo cabello, rubio y rizado, gruesos goterones no tan calientes como la tierra, que ahora va transformándose, de una manera completamente misteriosa para ella, en otro elemento líquido y frío que la penetra inquietándola.

Comienza a correr, sus cabellos volando al viento. Su camisón blanco, pegado al cuerpo, transparenta el vientre, al que ella pretende asirse en busca de una seguridad perdida. Así, tomada de su vientre, se hace un remolino con el viento, que la lleva hasta el pie del pozo. Es entonces cuando quiere volver a ese mundo cálido de su madre, para que la arrope con telas secas y la cubra con sábanas blancas recién planchadas, pero el viento la arrastra por la terraza de la casa y la deja junto al pozo, sin sentido, como un elemento más de la naturaleza del que ésta dispone, sin tener en cuenta su propia voluntad.

Ha pasado la mañana y casi media tarde antes de que la niña se despierte. Cuando lo hace, ve dos rostros que la miran impacientes y preocupados. Un silencio profundo reina en la sala de estar, abandonados en los rincones hay bolsas de labores con lanas y telas, libros con señales entre las páginas y alguna taza olvidada al pie de algún sillón, con restos de bebida de un tono oscuro. La niña abre mucho los ojos, va pasando revista a todo ese mundo que le es familiar, empieza a sentirse animada hasta el momento de incorporarse, siente un horrible dolor de cabeza y unas ganas terribles de vomitar. Tiene puesta una toalla pringosa y húmeda sobre la frente, lo cual resulta bastante molesto, con el codo la retira, mientras que se da media vuelta y tira la manta escocesa, que le cubre hasta más arriba del vientre.

Sus dos tías están a su lado mirándola fijamente.

- ¿Pero es que no puedes parar ni un minuto, Paula? –dice Asunción.

- ¿Qué me ha pasado? Solo recuerdo que estaba en la terraza y comenzó a hacer mucho viento y mucho frío.

Su tía Beatriz comienza a dar explicaciones.

- Me desperté temprano. Había algo que me lo decía, se me ocurrió dar una vuelta por la terraza. De no haber sido por ello no te habría encontrado sin sentido tirada junto al pozo. Cuando se levanta un viento así es terrible, por esta zona ya han ocurrido accidentes graves, por eso es por lo que te decimos que no salgas a la terraza antes de que nos despertemos nosotras.

- ¡Quién sabe lo que podría haberle pasado! -dice la tía Asunción- Recuerda lo que le pasó el año pasado a aquella familia según venían de la playa, se levantó un viento huracanado que se llevaba árboles y todo lo que encontraba a su paso, uno de sus chiquillos salió volando sin poder asirse a nada. ¡Pobrecito! Casi se muere del susto. Y también el mar se llevó el año pasado a unas cuantas personas, llegó a ponerse tan bravo que inundó la casa de los pinos, y mira que está por encima del acantilado.

- ¡Pero eso no pudo suceder, es prácticamente imposible que hubiera todo ese desnivel! - contradice su tía Beatriz.

- Pues sí que ocurrió. Me lo contaron cuando volví de pasar las Navidades con vosotras. Por lo visto el mar rugía como gigantesco dragón a punto de ser sacrificado y el cielo se cubrió de negro. Hay quien dice que parecía el Juicio Final. La casa de los pinos y la que está al lado quedaron destrozadas por la arremetida del aire y del agua. El aire partió las ramas más gruesas de sus árboles y el agua destrozó los muebles de dentro. Hace poco han recibido una subvención del ayuntamiento para compensar las pérdidas ocasionadas.

Esta conversación entre sus tías le cansa y se pregunta qué estará haciendo mamá, que no se encuentra a su lado. Cuando quiere preguntar se le traban las palabras y le sale un sonido gutural ininteligible. No puede pensar con claridad. Su tía Asunción la ve removerse intranquila y pone su mano sobre la frente de Paula.

- Tengo mucho calor, tía.

- Sí, claro, estás ardiendo de fiebre.

Se arrepiente de haberse quejado, porque no quiere que sus tías se preocupen tanto por ella. Solo quería preguntar por mamá y sin embargo le ha salido “tengo mucho calor”. Le aturden sus tías hablando de esas cosas terribles.

- ¡Estás muy blanca, Paula! Vamos a ponerte otra vez el paño sobre la frente, a ver si te baja la fiebre -dice Asunción.

No, el paño no, por favor. Odia tener esa humedad pringosa encima. ¡Es tan incómodo! No puede ni mover un poquito la cabeza, porque con ella tiene que sostener ese peso odioso. ¡Se siente rígida!

- ¡No me pongáis eso, no quiero!

Pero ya su tía Asunción, que es la mayor y la que más ordena, coge la toalla y la mete en el cacharro con agua, donde flota medio limón, la escurre cuidadosamente y el agua se desliza por las manos delgadas de su tía, sus dedos se tensan en el esfuerzo de escurrir y se le marcan las venas. Algunas gotas de agua caen sobre la manta. Paula empieza a mover la cabeza de un lado para otro con furia. No quiere que le pongan esa toalla pringosa, no quiere, y le da náuseas el olor.

- ¡Para quieta un rato y déjate hacer! -dice Asunción.

- ¿Y mi madre dónde está? ¡Quiero que venga!

- Tu madre se fue a buscar al médico. Debía estar ya de vuelta. Posiblemente ha tenido que esperar a que volviera de alguna visita. ¡Como solo disponemos de un médico en el pueblo!

- ¡Pero, Asunción, esto no puede ser, que haya solo un médico! En casos urgentes tenéis un verdadero problema -dice Beatriz.

- Tampoco está tan lejos la ciudad. Y si no tienes coche te buscan en ambulancia - argumenta Asunción.

- Pero eso no es. Lo que pasa es que vosotros os adaptáis a todo y de eso se aprovechan.

Beatriz, la más pequeña de las tres hermanas, es la más díscola, la que siempre lleva la contraria. Quiere mucho a sus tías, pero siente

angustia cuando está sola con ellas. Su tía Beatriz le pone nerviosa y su tía Asunción la agobia con su excesiva protección.

- Tú siempre igual, Beatriz, siempre protestando por todo. Si no le sacas punta a las cosas parece que te falta algo.

- No es eso, Asunción, es que a mí no me gusta que se aprovechen de la gente. Y además que los pobres siempre son los que tienen más que perder, los que no tienen vehículo ni posibilidad de alquilar uno que les lleve a un hospital, que tú sabes que cuesta una pasta tremenda.

- Pero, Beatriz, es que no escuchas. Te he dicho que en casos urgentes viene una ambulancia a buscar a los enfermos.

- Bueno, vamos a dejar la discusión que estamos mareando más a Paula.

Y es cierto que la niña se marea un poco con este tipo de pelea, por otra parte tan habitual entre sus tías. Es como una musiquilla de fondo, familiar también, como los muebles de este salón, que pertenecieron a su abuela, a la que no tuvo la fortuna de conocer, por desgracia.

Ahora ella ama esos muebles antiguos, rodeados de historias, que pertenecen ya al principio de sus recuerdos de "Ítaca", la casa de la playa. A ella viene cada verano con sus padres, y alguna vez también viene antes de verano, en primavera, porque en su colegio dan una semana de vacaciones después de la Pascua, y a veces la pasa aquí con mamá, pues papá no viene con ellas en esa época del año, porque tiene trabajo.

Sus tías, Asunción y Beatriz, vienen también a Ítaca en verano y en otros periodos de vacaciones. Beatriz vive en Madrid, igual que Irene, su madre, y ella, Paula. En cambio Asunción tiene un pequeño apartamento en el pueblo, donde vive durante el invierno. Su marido murió. A veces ella llora a escondidas y dice que nunca encontrará otro hombre como él. Cuando esto sucede, Paula se siente enternecida, se acerca a su tía y la rodea con sus brazos, sacándole unas risas, que ponen luz en su mirada oscura y penetrante. En estos momentos Paula piensa que, si alguien la viera reír así, se enamoraría de ella inmediatamente.

Ahora su tía Beatriz ha intentado hacer algo que Paula no soporta, ponerle el termómetro por debajo del brazo. De un manotazo lo ha lanzado lejos. Su tía se enfurece y dice que es una mala enferma y que da mucha guerra. El termómetro se ha roto y el pelo rubio de su tía se balancea por encima de los hombros, vibrando excesivamente como su vestido de flores amarillas, mientras se agacha para ver los restos quebrados, imposibles ya de rehacer. Ella se siente tan indefensa ahora y echa tanto de menos a mamá que algunas lágrimas se le escapan -lo siento- Salen destellos del pelo brillante de su tía, que se pasa una mano acariciadora por él, como para detener el incesante balanceo, un gesto muy usual en Beatriz. A veces le dan unos pronto muy fuertes y otras es en exceso cariñosa. Es difícil verla normal. No sabe si es mejor lo uno o lo otro, porque, cuando se pone cariñosa, la apretuja tanto que la hace daño. Piensa que, si su tía sigue así, un día le va a dar una congestión, porque se pone muy excitada, como ahora que no para de agitar los brazos, igual que un muñeco de trapo zarandeado violentamente por hilos invisibles.

Asunción se ha ido a buscar el cepillo de barrer y el recogedor. Va recordando cómo una vez se le rompió el termómetro y se puso a jugar con el mercurio, éste corría entre sus dedos y al poco vio que sus sortijas de oro se ponían blancas, después se transformaron en polvo. Dice que esto fue una señal de lo que iba a pasar después, la muerte de su marido, ya que se le deshizo el anillo de casada.

- ¡Anda, no llores, Paula! - dice ahora cariñosamente Beatriz- Esto puede pasarle a cualquiera. No me tomes a mal haberme enfadado contigo, es que me siento muy tensa. Es porque te quiero y no soportaría que te pasara nada. Además me preocupa que tu madre no haya vuelto todavía.

- Lo siento, tía, es que no soporto que me pongan el termómetro. Me raspa.

- ¿Cómo va a rasparte si es de cristal suavcito? No tiene pinchos que yo sepa.

La tía se yergue ahora, dejando los trozos reunidos en un montón y posando las manos sobre su frente le da un beso suave.

- Anda, duérmete un poco, que ahora mismo iremos a ver si Julia nos deja otro termómetro; pero me tienes que prometer que te vas a dejar ponerlo.

- Bueno, vale tía, pero no me gusta nada.

Su tía sale y el vestido de flores amarillo, corto y con vuelo, danza a su alrededor, balanceándose al ritmo de sus caderas. Aunque no salga de casa, su tía se arregla mucho. Se pinta como si fuera a irse de fiesta.

Viene Asunción a recoger los cristales y busca también las bolitas de mercurio.

- Mira, están aquí, al pie de esta silla -. Ahora juega tranquilamente con ellas porque no tiene anillos que puedan deshacerse y, en cuclillas sobre el suelo, se ríe un poco. Después se levanta y dice.

- ¿Dónde está Beatriz?

- Se fue a por otro termómetro a casa de Julia.

- No debía haberlo hecho.

- ¿Por qué?

- No quiero que se enteren las vecinas de lo que ha pasado, y menos Julia, es muy cotilla, ahora se enterará todo el pueblo.

- ¡Pero tía!

- No, es cierto, dirán que tres mujeres para cuidar a una niña dan lugar a que pase esto.

- Bueno, la culpa la tuve yo en todo caso, tía, vosotras no tuvisteis nada que ver.

- Es que si te lo decimos es por algo, que no salgas afuera mientras nosotras estemos durmiendo.

- Pero tía yo no sé, tenía ganas de jugar.

- ¡Bueno vale, pero ya no vuelvas a hacerlo! ¿Quieres un vaso de leche con colacao?

- No, tengo mal cuerpo.

- ¿Entonces qué te doy? No has comido nada en todo el día.

Cuando Asunción vuelve con un plato de fruta en la mano, se encuentra dormida a la niña. Toma un extremo de la sábana arrugada a sus pies y la cubre con ella, al tiempo que se abre la puerta y entran Beatriz y Julia. Entre las tres trasladan a Paula a su cama en el piso de arriba. Mientras tanto Julia no para de hablar.

- Mis hijos también me han dado muchos sustos - Toca a Paula en la frente -. Esta niña tiene mucha fiebre, aunque mañana estará perfectamente, ya veréis, así son los niños. Hay que darle un vaso de leche bien caliente y una aspirina infantil. Te dan un susto de muerte y al otro día están tan campantes, saltando y jugando con toda esa energía increíble que tienen, como si nada hubiera sucedido. A veces les sube la fiebre simplemente porque están cansados e incluso cuando se decepcionan por algún motivo.

- ¡Vayamos afuera, no sea que despertemos a la niña! - dice Asunción.

- Eso es que se ha cogido un resfriado y nada más- sigue diciendo Julia según salen por la puerta - pero podía haber sido peor, porque el viento, cuando sopla aquí, es terrible, que hasta derriba árboles y, pillando a una niña, con un golpe mal dado, podía haberla dejado en el sitio.

Han cerrado las contraventanas de madera y se ha hecho la oscuridad en la habitación de Paula. Brillan los ojos del osito de peluche de Paula, unos ojos un poco más negros que esa oscuridad, que ya empieza a inundarlo todo.

Son las nueve de la noche. Irene aún no ha vuelto. Asunción y Beatriz están realmente preocupadas. Cuando Julia se va, ellas bajan a la sala de estar donde estuvo reclinada Paula. Se tapan las rodillas con la manta escocesa y arrinconan la sábana por detrás de sus espaldas. Están muy cansadas las dos. Ha sido un día agotador, además de la tensión por la tardanza de su hermana, y, en medio de todo, la visita